

MI FUERZA EN TU DEBILIDAD.

Introducción. Una de las tensiones que a lo largo de nuestra vida de fe aparecen es la de descubrir la proporcionalidad que se da entre la gracia de Dios, su don, sus regalos, su providencia y nuestra voluntad, nuestra libre acogida de ese don. Hay personas que construyen su vida en torno a la voluntad, al músculo espiritual, propósitos, férrea constancia, fidelidad a los medios, y cómo resultado la alegría de cumplir lo que está mandado, y lo que es el deber cumplido. Claro que es necesaria la adhesión con todo nuestro ser a vivir según los caminos que el mismo Jesús nos propone. Pero lo cierto es que no siempre somos capaces de vivir lo que nos proponemos. Y cuando aflora nuestra debilidad, y somos conscientes del fracaso de nuestra voluntad, se derrumba la confianza en que sea posible vivir según la voluntad de Dios. Y la decepción nos aleja poco a poco de la posibilidad de realizar el sueño. Justo la decepción de nuestras propias fuerzas, experimentar nuestra fragilidad es lo que abre las puertas a una experiencia renovada de la gracia de Dios que actúa en nuestras vidas. **“Mi gracia te basta, porque mi fuerza se muestra perfecta en tu debilidad”.** 2 Cor 12,9. San Pablo nos describe su propia lucha entre lo que debería vivir, y lo que en realidad vive.

“Nos consta que la ley es espiritual, pero yo soy carnal y estoy vendido al pecado. Mi proceder no lo comprendo, porque no hago lo que quiero, sino que hago lo que detesto. Pero si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo con que la ley es excelente. Ahora bien, no soy yo quien lo ejecuta, sino el pecado que habita en mí. Sé que, en mí, es decir, en mi vida instintiva, no habita el bien. Querer el bien lo tengo a mi alcance, realizarlo no. No hago el bien que quiero, sino que practico el mal que no quiero. Pero si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo ejecuta, sino el pecado que habita en mí. Y me encuentro con esta fatalidad: que deseando hacer el bien, se me pone al alcance el mal. En mi interior me agrada la ley de Dios, en mis miembros descubro otra ley que guerrea con la ley de la razón y me hace prisionero de la ley del pecado que habita en mis miembros. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de esta condición mortal? ¡Gracias a Dios por Jesucristo Señor nuestro!” Rom 7,14-25.

Pablo nos muestra el camino para salir de esa tensión. Gracias a Dios por Jesucristo, se nos posibilita una nueva forma de vivir, que no se apoya en nuestra voluntad, sino en la acción de Dios sobre nuestras vidas. Y esa escucha atenta y colaboración activa con el poder de Dios en nosotros es la que tenemos que aprender a vivir. Dejar el espacio suficiente para que el Espíritu de Dios actúe en nosotros. Ahí es cuando descubrimos la lógica del don. El ciento por uno. Yo pongo con sinceridad mi uno, mis tres panes y mis cinco peces, y Jesús obra el milagro de la multiplicación.

Lo que Dios nos dice. “Pues bien, ahora que hemos sido justificados por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de Jesucristo Señor nuestro. También por él, por la fe, hemos obtenido acceso a esta condición de gracia en la que nos encontramos, y podemos estar orgullosos esperando la gloria de Dios. No sólo eso, sino que además nos gloriamos de nuestras tribulaciones; pues sabemos que sufriendo ganamos aguante, aguantando nos aprueban, aprobados esperamos. Y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el don del Espíritu Santo.” Rom 5,1-5.

Tenemos que aprender a reconocer cuando el que actúa es mi voluntad, mi planificación, mis caprichos, y mis planes, y cuando dejamos de llevar nosotros el control de nuestra vida y dejamos que actúe el Señor. Lo explica Jesús con la invitación a extender los brazos, a hacer el muerto, a fluir delante de las circunstancias que nos envuelven. Yo siento que en mi día a día decido muy pocas veces lo que quiero hacer. Mi vida la organiza la obediencia interna a las necesidades de las personas y de mi comunidad. Digo sí de corazón a lo que me toca vivir. No escucho a mi gusto, mi interés, mi capricho. En mis discernimientos priorizo la obediencia a las necesidades objetivas que se me presentan, y que libremente y por amor asumo y hago mías. Desde la celebración de los sacramentos, la predicación en diferentes lugares, el dedicar tiempo al estudio, o el hacer un viaje. En el responder a imprevistos, acoger necesidades externas. Eso es extender los brazos. Pero es que diariamente todos lo extendemos, en los espacios de responsabilidad. Trabajos, familia, educación de los hijos, organización de la agenda, en las relaciones afectivas. Nuestra vida se va desgastando y entregando al ritmo de quien nos la pide, y esa tendría que ser la fuente de nuestra alegría. Buscar por nuestro lado las recompensas, y los triunfos es lo que nos aleja de la gratuidad. Es apropiarnos del don que, al dársenos gratis, con gratuidad lo tenemos que compartir.

“Te lo aseguro, cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras. Lo decía indicando con qué muerte había de glorificar a Dios. Después de hablar así, añadió: Sígueme.” Jn 21,18-19.

Cómo podemos vivirlo. Es un camino de madurez. No nacemos enseñados a nada. En todo caso a llorar, y a comer. El resto es un proceso de aprendizaje. Por eso a vivir confiando en Dios, también se aprende. Y no hay otra escuela que el cansarnos y agotarnos una y otra vez de ir por nuestros caminos, hasta que nos derrotemos, y dejemos que de verdad el Señor, sea el que nos guíe. Pedro vivió el culmen de su fracaso en las negaciones. Toda lo que había construido se derrumbó cuando dijo públicamente que no conocía a Jesús. La amistad de los tres últimos años se hizo añicos. Y cuando pensaba que todo estaba perdido, emerge una mirada compasiva, un cariño renovado, una certeza de un amor desconocido. Que le salva, le regenera, le recrea. Nuestras vidas pueden dar la apariencia de control, de firmeza, de solidez. Pero la roca firme en la que apoyar toda nuestra historia no podemos ser nosotros mismos. Sino la roca firme de las manos de Dios que nos sostiene, que nos cuida, que nos conforta.